

## ELEGIA IX.

A la muerte de DIEGO DE ORDÁS, donde se cuenta la gran entrada que hizo por el río de Uyapari, y las cosas en ella sucedidas.

## CANTO PRIMERO.

Aunque parezca seco despidiente  
No proceder aquí mas adelante,  
Determino volver mas al oriente  
De Paria y á la tierra circunstante,  
Para tratar de Ordás y de su gente;  
De quien pretendo darrazon bastante,  
Pues del honor mas alto de los buenos  
Al Ordás se le debe nada menos.

En Castorverde fueron sus natales  
Del reino de Leon, y en Nueva-España  
Fué de los capitanes principales  
El de mayor valor y mejor maña;  
En las islas sus hechos fueron tales,  
Que cada cual se vende por hazaña,  
Y así Cortés por su merecimiento  
Le dió grandísimo repartimiento.

Mas no se contentó con esta suerte  
No menos honorosa que crecida,  
Y á pretensiones otras se convierte,  
Que fué cierta region muy estendida:  
Causa para morir angosta muerte,  
Cuando pudo gozar mas ancha vida;  
Y para se mover á la carrera,  
El negocio pasó desta manera:

Habia dado largas relaciones  
El ambicion, que todo lo revela,  
De las engrandecidas poblaciones  
De Paria hasta el mar de Venezuela,  
Y no fueron mentiras ni ficiones,  
Ni saborillos vanos de novela,  
A hallar el Ordás la tierra sana,  
O comenzara por Maracapana.

Porque Cubagua, muy mas estendida  
De lo que por justicia se le daba,  
Tenia mucha tierra destruida,  
Con cantidad de esclavos que sacaba;  
Y con cautelas era defendida  
Cualquiera poblacion que se intentaba,  
Por no perder aquel vicioso pasto  
Con que hacian santuosos fausto.

Fué reino de grandísima sustancia,  
Y señores en él de gran estado,  
Fertilidad, hartura y abundancia  
De pan, de frutas, carnes y pescado;  
Y con ser tan inmensa la distancia,  
Paso no se hallaba despoblado,  
Potentes pueblos al primer encuentro,  
Potentísimos mas la tierra dentro.

Esta tierra de próspera templanza,  
Que frío ni calor no causan lloro,  
Por pueblo, por camino, por labranza,  
Pocos indios pudieras ver sin oro;  
No mudan en los trajes el usanza,  
Pues sola desnudez es el decoro;  
Mujeres cubren partes vergonzosas,  
No todas, ni con unas mismas cosas.

Esta gente, mujeres y varones,  
Es por la mayor parte bien dispuesta,  
De muy bien amasadas proporciones,  
Con cierta gallardía no mal puesta:  
Diestros en sus guerreros escuadrones,  
Para su defension la mano presta,  
El regulado tiro siempre lleno  
De pestilencialísimo veneno.

También es de su uso la macana,  
Y de palma tostada larga janca,  
Que suelen menear de buena gana;  
No sin golpe mortal de quien alcanza  
Comen algunos destos carne humana  
Por via de pasion y de venganza,  
Y aquesta crudelísima comida  
Es fuera de sus casas escondida.

Viendo Garay tan gran inconveniente  
Y que la gente toda le faltaba,  
Determino de ir personalmente  
A verse con Cortés adonde estaba;  
Para que capitán tan escelente,  
Hiciese lo que dél se confiaba,  
En la restauracion de su caída,  
De su reputacion y de su vida.

Resuelto pues en este su desino  
De gente de Cortés persuadido,  
Puso luego por obra su camino  
Donde de todos ellos fué servido;  
Y después que llegó do le convino  
Con gran magnificencia recibido,  
Habláronse los dos, brazos abiertos,  
Y trataron de medios y conciertos.

No se tuvo Garay por arrepiso  
En los comedimientos desta vista,  
Trató su causa con gentil aviso  
Dando la relacion de su conquista;  
Y así vino Cortés en cuanto quiso  
Sin que ninguna cosa le resistia;  
Mas porque la amistad fuese mas firme  
Quieren que parentesco la confirme.

Pues como por los dos se desease  
El parentesco fué por esta via,  
Que el hijo de Garay se desposase  
Con una hija que Cortés tenia;  
Y el Cortés proveyese y ayudase  
A la jornada que Garay hacia,  
Dándole todo buen aviamiento  
De gentes, de pertrechos y sustento.

Dados á sus negocios estos fines  
Al son de suavísimo concierto  
De trompas, chirimias y clarines,  
Pregoneros de tal contentamiento,  
Fuéronse los dos juntos á matines  
En la noche del santo Nacimiento,  
Do con suaves músicas sonoras  
Oyeron ambos las divinas horas.

El oficio divino concluido,  
Volviendo con un aire destemplado,  
El Garay se sintió muy mal herido  
De pesado dolor en el costado;  
Y aunque fué de doctores socorrido,  
Acabóle la vida y el cuidado  
Dentro de quince dias de intervalo,  
Después que del dolor se sintió malo.

Fué hombre de gentiles proporciones,  
Apacible, discreto y generoso,  
De nobles y de sanas intenciones,  
Mas de grandes empresas cudicioso:  
Amigo de guerreros escuadrones,  
Enemigo muy grande de reposo;  
Dejó hijos é hijas principales  
Aunque menoscabados sus caudales.

Murió como cristiano diligente,  
Con gran preparacion de testamento,  
Sintió Cortés su muerte grandemente,  
Y en todos fué comun el sentimiento;  
Con pompa y en lugar muy eminente  
Solenizaron el enterramiento;  
Hicieron muchas letras á su muerte,  
Y una dellas decia desta suerte:

*Præsidis hoc busto requiescunt ossa Garay,  
Qui sine præsidio præsidæ major erat,  
Cortesi nomen dum dices vincere certat,  
Pauper in hospilio lumine cassus abest.*

Aquí yace sepultado	Teniendo vida segura,
Garay, capitán bastante,	Por vencer la gran ventura
Que con ser adelantado,	De Cortés, varón divino,
No llegó tan adelante,	Murió pobre peregrino,
Cuanto llegó su ditado:	Y en ajena sepultura.

No la quieren comer en parte rasa,  
Sino donde la gente menos pisa,  
Las ollas nunca mas entran en casa,  
Ni vaso ni cazuela do se guisa;  
No se come, sacada de la brasa,  
Con grita, regocijo, ni con risa,  
Antes parece tal mantenimiento  
Selles un cierto modo de tormento.

Teniendo pues Ordás por larga lista  
Cumplidas y bastantes relaciones  
Desta costa, por hombres que de vista  
Conocieron aquellas poblaciones,  
Pidió con gran instancia la conquista,  
Y diéronsele della provisiones,  
Gobierno de grandísimo partido,  
Si fuera por entonces conocido.

Al fin en tal distrito como este  
Le dieron por la costa, recta via,  
Ciento cincuenta leguas leste, oeste,  
Y norte, sur, que fué la travesta:  
De mil soldados buenos formó hueste  
Con gente principal de Andalucía;  
Aderezaron grandes galeones,  
Matalotaje y otras municiones.

Nombró por general á Joan Cortejo,  
Su maestro de campo fué Herrera,  
Cada cual de los dos amigo viejo,  
Que en Méjico siguieron su bandera;  
Entraron capitanes en consejo  
Para la prevencion de su carrera,  
Nombró también con otros oficiales  
Por alcalde mayor á Gil Gonzalez.

Vino también con este caballero,  
Pudiendo sosegar con buena renta,  
Jerónimo de Ortal por tesoroero,  
De quien daré también mas larga cuenta,  
Como quien bien lo conoció primero;  
Vivió después en vida descontenta,  
El cual sucedió siendo mozo tierno  
Al don Diego de Ordás en el gobierno.

Dispuesta toda cosa necesaria  
Y preparado bien cada navio,  
Hicieron su camino acia Paria,  
Principio deste nuevo señorio;  
Surgieron en las islas de Canaria  
Para tomar allí mejor avio,  
Besaron al Ordás luego las manos  
Gaspar de Silva con sus dos hermanos.

Eran en Tenerife principales,  
De próspero caudal y rico traje;  
Al Ordás ofrecieron sus caudales,  
Sirviéndole con buen matalotaje;  
Y con doscientos hombres naturales  
Prometieron de ir aquel viaje;  
El Ordás acudió con mil ofertas  
Que después conocieron ser inciertas.

Andándose los Silvas despachando  
Por el orden que menos les convino,  
El don Diego de Ordás fué navegando  
A la parte do lleva su desino:  
Prometiéndole de ellos esperando  
Por puertos y bahías del camino;  
Y así para cumplir con su promesa,  
A su navegacion dió poca prisa.

Mas pareciendo ya mucha tardanza,  
Por evitar algunos desavios,  
Del río Marañon hizo mudanza,  
Y atravesó con todos los navios:  
Algunas veces con desconfianza  
De poder escapar de mil bajos,  
Con calmas y grandísimas corrientes,  
Que por aquella costa son frecuentes.

El Ordás escapó con buen consejo,  
Y fué donde llevaba los intentos,  
Mas no pudo salir el Joan Cortejo  
Con otros que pasaban de trescientos,  
Sin remedio, recurso, ni aparejo  
Para seguir por mar sus movimientos,  
Salvo los principales coroneles,  
Que pudieron huir en los bateles.

Muy juntos á la tierra naufragaron,  
Sin dalles sinsabor reventazones,  
Y así dicen que todos escaparon,  
Y entraron por jamas vistas regiones,  
Hasta que descubrieron y toparon  
Grandes y poderosas poblaciones,  
Adonde se huyeron y han valido,  
Multiplicando siempre su partido.

Esta nueva vendian por muy cierta  
Muchos que yo traté y he conocido;  
Mas es una ficion clara y abierta,  
Y cuento para mi desvanecido;  
Pues si tal gente ya no fuera muerta  
Hubieran á mil partes respondido;  
Ansi que no sera juicio ciego  
Decir que perecieron todos luego.

Sin esta compañía zozobrada,  
O muerta por el indio mas vecino,  
Ordás, continuando su jornada  
Con piloto que tuvo mejor tino,  
Llegó con el restante del armada  
A Paria, do llevaba su camino,  
Donde Antonio Sedeno ya tenia  
Soldados con algun artilleria.

Habia hecho cierta fortaleza,  
Do quedó Joan Gonzalez con la gente,  
Y para revolver con mas grandeza  
En Boriquén estaba de presente;  
Mas el Ordás con toda su dobleza  
Tomó las municiones al ausente,  
Y aun intentó matar al Joan Gonzalez,  
Mas no se perpetraron tantos males.

Los tres hermanos Silvas ya contados,  
Que prometieron ir tras el armada,  
Procuraban venir bien aviados  
Para mejor servir en la jornada;  
Hicieron luego copia de soldados,  
Isteña gente, suelta, bien granada,  
Que en peligros ocultos y patentes  
Salieron todos hombres escelentes.

Para bagaje y gente recogida  
Tenian dos fornidas carabelas;  
Mas mucho recelaban la salida,  
Teniéndolas por algo pequenuelas;  
Y estando ya los Silvas de partida  
Vieron un galeon á todas velas,  
Hermoso, bien fornido, grande, fuerte,  
Mas instrumento cierto de su muerte.

Al puerto donde estaban se venia,  
Y dentro dél fué surto y anclado,  
Con mucho lienzo, paño, mercaderia,  
De muchas cosas otras pertrechado;  
Pues el Gaspar de Silva, que queria  
Llevar en su viaje buen recado,  
Determinó tomar, por selle bueno,  
Aquello que sabia ser ajeno.

Habló con el maestro, que hacia  
Haciéndole creer torres de viento,  
El portugués ladrón que lo creia  
Al delito prestó consentimiento;  
Dejó las carabelas que tenia,  
Y á él pasó las gentes y alimento,  
El señor dél, quejoso y agraviado,  
Por ser en mucha suma defraudado.

Hizo también algunos otros daños  
Al tiempo que su gente se despacha,  
Culpáronlo, demás destos engaños,  
Del rapto de Isabel, linda muchacha;  
La cual yo vi morir ha pocos años  
En el pueblo del Río de la Hacha,  
Casada ya con hijos y con nietos,  
Que están ayunos hoy destos secretos.

Apercebidos pues por la manera  
Que sus crueles hados señalaban,  
Prosiguieron los Silvas su carrera  
Con los doscientos hombres que llevaban;  
Vieron el Marañon y su ribera,  
Mas no vieron los males que esperaban,  
Y como ya llevaban aparejo,  
Allí hicieron un bergantinejo.

Como por orden esto se pudiese,  
Y munición en él algo sumaria,  
Al galeon mandaron que se fuese  
Luego por alta mar vuelta de Paria;  
Y que Gaspar de Silva recorriese  
La costa con la gente necesaria,  
Porque por algún seno y anconada  
No quedase la gente del armada.

Van en el galeon por principales  
Un Francisco Morillo y un Briones,  
Bartolomé Gonzalez, Joan Gonzalez,  
Hermanos del que va por los ancones:  
Entre estos, como no fueron parciales,  
Hubo ciertas revueltas y pasiones,  
Y con el sinsabor que voy diciendo  
Iban el mal viaje prosiguiendo.

Con continuacion de su jornada  
Fuera de toda buena coyuntura,  
Llegóseles la hora deseada,  
Deseo de su cierta sepultura;  
Porque vieron las naos y el armada  
Donde no les darán arma segura:  
Hacen la salva de una y otra suerte,  
Mas no para salvarse de la muerte.

Porque dieron Morillo y el Briones  
A Gil Gonzalez de Avila noticia  
De todas las pasadas sinrazones,  
El robo, la violencia, la malicia;  
El cual mandó hacer informaciones,  
Prosiguiendo la causa por justicia:  
Resultaron al fin de los procesos  
Delitos de grandísimos escesos.

Degollaron aquestos dos hermanos  
Con voz deregonero que resuena  
Culpas y fealdades de tiranos,  
De que se recibió crecida pena;  
Y por factor de hechos inhumanos  
Al piloto colgaron del entena;  
Quedó también a muerte condenado  
Gaspar de Silva, mozo desdichado.

Ancones y bahías va mirando,  
Haciendo prolijísimo rodeo,  
Su desastrada muerte deseando,  
Sin saber ser aqueste su deseo.  
Oh cuántos deseaban deste bando  
Podelle dar noticia del torneo!  
Mas por ninguna vía fué posible  
Avisalle de lance tan terrible.

Llegó pues con aquella compañía  
De ver la flota muy regocijados,  
Fué día de San Juan aqueste día,  
Remate de sus días mal gastados,  
Año de treinta y uno que corria  
Sobre mil y quinientos ya pasados,  
El viene con placer soltando tiros,  
Y acá lo solenzan con suspiros.

Bien como caminante congojado  
Que cercano se ve de su reposo,  
E yendo para él regocijado  
Con un vivo fervor y presuroso,  
Lo ve por todas partes ocupado  
De mortal enemigo y odioso,  
Y el gusto de la cama y de la cena  
Fué hambre, cepo, grillos y cadena;

El desdichado mozo que ya cuento,  
Bien por este nivel y desta suerte,  
No ve sino señal de descontento  
Do quiera y á do quier que se convierte:  
Halló dura prision, halló tormento,  
Halló temor, dolor y cruel muerte.  
¡Cuántos suspiros, lágrimas, sollozos  
Emanaban de viejos y de mozos!

En tierra y en tan buena coyuntura  
Día del gran Bautista soberano,  
Admiróse de ver tanta tristura,  
Y no ver por allí ningún hermano:  
Reconoció su grande desventura  
Desque con gran rigor le ponen mano,  
Hácenlo confesar, y en poca pieza  
Le cortaron al pobre la cabeza.

Mujeres de las islas con endechas  
Se herian los pechos y los cuellos,  
Costanza de Leon tiene deshechas  
Mejillas y estragados los cabellos:  
Haciendo mas patentes las sospechas  
De carnal amistad con uno dellos;  
Enterrólo clamor que rompe el aire  
En la isla que llaman Perataire.

Conclusos estos tristes funerales  
Ordás con tal rigor cual os enseno  
Deseaba matar a Joan Gonzalez,  
Alcaide de la fuerza de Sedeño,  
Mas por mano de indios naturales,  
Porque el delito no tuviese dueño,  
Mandólo pues llamar en continente,  
Y dicen que le dijo lo siguiente:

«Yo, señor Joan Gonzalez, tengo gana  
De saber por entero la pujanza  
De la tierra que dicen de Guayana,  
Sus sitios, poblaciones y templanza;  
Y por no me fiar de gente vana  
Quiero hacer de vos la confianza:  
Es menester que hoy en este día  
Os partais solo con alguna guía.

» Porque do muchos van hacen ruido,  
Que no comportara gente guerrera,  
Un hombre solo menos es temido,  
Y puede bien pasar por donde quiera,  
Mayormente quien es tan conocido  
Y amado como vos desta frontera;  
Y visto bien lo que la tierra tiene,  
Verneis, é yo haré lo que conviene.

Estos mandatos duros y tiranos  
El Joan Gonzalez bien los entendia,  
Pero por escaparse de sus manos  
Luego le respondió que le placia:  
Conociendo por menos inhumanos  
Los indios que su mala compañía;  
Al fin partió con ciertos naturales  
Que le fueron fieles y leales.

Pero quieren decir que el descencuerto  
Y orden de cautela semejante  
Fué después de salidos deste puerto,  
E ir por Uyapar mas adelante.  
En un pueblo, Carao; y es lo cierto,  
Segun tenemos relacion bastante  
Hecha del capitán Joan de Avendaño,  
Que siempre fué testigo deste daño.

Hecha la despedida bien molesta,  
Por ser estos intentos muy ruines,  
Ordás mandó hacer la gente presta,  
El galeon, la fusta, bergantines,  
Y con pregones muchos manifiesta  
Entrar por Uyapar y sus confines,  
Rio potente, mas de fruto poco,  
A quien otros le llaman Urinoco.

En esta fortaleza dejó gente  
De todas armas bien aderezada:  
Quedó por capitán y por tiniente,  
Por ser persona bien acreditada,  
Martin Yañez Tafur, que es de presente  
Vecino deste reino de Granada,  
El cual gobernó bien la gente nueva  
Y dió de su valor bastante prueba.

Apercebió para llevar consigo  
A Domingo Velazquez el mañoso,  
Entre los de Cubagua muy antiguo  
Insigne capitán y valeroso,  
A quien yo tuve siempre por amigo  
Gozando ya de paz y de reposo;  
Llevó también para que fuese guía  
Un indio que Taguato se decia,

Capitán arúaca señalado  
Y por aquellas tierras peregrino,  
El cual pareció bien haber entrado  
Mas de quinientas leguas de camino:  
Indio valiente, diestro y avisado,  
De muy buena razon, poco ladino,  
Mas Domingo Velazquez entendia  
La mayor parte de lo que decia.

Son arúacas de valientes manos,  
Tiene su tierra nobles influencias,  
Y son todos amigos de cristianos,  
Con buenas obras, gratas apariencias:  
Con caribes crueles, inhumanos,  
Tienen cotidianas competencias,  
Y cuando con mayor fuerza se muerden,  
Los arúacas pocas veces pierden.

Con esta prevencion y buen avio,  
El Ordás con su gente castellana  
Entraron por aquel potente rio  
Forzados unos y otros muy de gana:  
Por él a remos va cualquier navio,  
Atoas, la gran nao capitana,  
Llevando siempre cable sobre cable,  
Trabajo de rigor intolerable.

Y así por trabajar en travesias  
Perecian los hombres por momentos,  
Tanto que en breve número de dias  
Al rio fueron mas de cuatrocientos;  
Y cuanto mas crecian las porfias  
Tanto mas descrecian alimentos,  
Murciélagos, mosquitos y otras plagas  
Los infestaban con crúeles llagas.

Malos y encanecidos embarazos  
Ocupaban cualquiera mordedura,  
En los piés, en las piernas, manos, brazos  
Viérades lamentable desventura:  
Cañase los miembros á pedazos,  
No podia hallar médico cura;  
Y con ser el volver tan importante,  
Procuraron de ir siempre adelante.

Demás de les faltar fuerzas humanas,  
Eran los tiempos ya tempestuosos,  
Anegados los campos y zavasas,  
Los esteros venian rigurosos:  
A las tardes y noches y mañanas  
Los empapaban nimbos procelosos,  
Y con estas congojas y pasiones  
Subieron hasta ciertas poblaciones.

Pueblo potente fué de gran gentío,  
Que sobre las barrancas iba puestio,  
Del cacique Uyapari senorio,  
En las calles y plazas bien diestro,  
Y de donde nombraron este rio  
Los españoles que hallaron esto,  
Del cual fueron entonces recibidos  
Y razonablemente proveídos.

Aquí, por ser lugar mas conviniente,  
El que tenía cargo del gobierno  
Determinó de reformar la gente  
Hasta pasar las furias del invierno:  
Y aun porque se sentia mal doliente  
El viejo baquiano y el moderno,  
Anclaron arriba muy lejana  
Aquella grande nao capitana.

Quando se padecian estos males  
Y plagas por la gente castellana,  
Andaba peregrino Joan Gonzalez  
Por aquellas provincias de Guayana,  
Donde todos los indios naturales  
Lo recibieron muy de buena gana,  
Con caricias, regalos, beneficios,  
Con dádivas, presentes y servicios.

Regalado se ve; mas todavía  
Con santos y católicos respetos  
Consideró que no le convenia  
Estar entre salvajes indiscretos:  
Ajenos de cristiana policía  
A cultos diabólicos sujetos,  
Y aunque no se librarse de sus manos,  
Quería mas morir entre cristianos.

Comunicó con indios su partida  
Con todo lo demás que determina,  
Y fué su voluntad obedecida  
No menos que si fuera la divina:  
Siguiéronlo con copia de comida  
Hasta ver la mas gente peregrina,  
Por esteros, lagunas y otras aguas,  
Con copia de eanoas y piraguas.

Con esta gente bárbara, contenta  
De lo seguir por ser hombre bien quisto,  
De la suerte que ya se representa  
A su navegacion se hizo listo,  
En busca del Ordás por dalle cuenta  
De lo que le mandó y habia visto;  
Fueron pues por el rio su jornada  
Hasta tanto que vieron el armada.

Como vieron piraguas de repente  
Y en ellas el gentío bien armado,  
Mandó Diego de Ordás incontinente  
Que todos se pudiesen á recado:  
Maravillóse luego grandemente  
Después que Joan Gonzalez fué llegado,  
Porque por ser rigor tan excesivo  
Ningun hombre creyó que fuese vivo.

Hablóle con grandísimas razones;  
Y el Joan Gonzalez dió de su jornada,  
Verdaderas y ciertas relaciones  
De tierra que halló bien asombrada:  
En ella poderosas poblaciones  
Y cuanto mas adentro mas poblada;  
Y aunque la relacion no fué liviana,  
El Ordás la tomó de mala gana.

Yo de mi parte menos la condono  
Ni aun siente della mal el baquiano,  
Pues en tan larga tierra y ancho seno  
(Eso me da de sierra que de llano)  
Debe de haber algun pedazo bueno  
Que hasta nuestros tiempos está sano,  
Por ser entrada larga, trabajosa,  
Y en sus primeros límites dudosa.

Grandes y valerosos capitanes  
Siguiéron la demanda como cierta,  
Y por muertes, desgracias y desmanes  
Casi que se volvieron de la puerta:  
Felipe de Utén por los alemanes  
Trabajó por hacella descubierta,  
Jerónimo de Ortal, después Sedeño,  
Y Orellana contó cosas de sueño.

Después Jimenez, capitán preciado  
Hizo desde este reino la jornada,  
Hermano del señor adelantado  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada  
El cual agora vino del Dorado,  
Que es la misma demanda señalada,  
Perdidas sus haciendas y caudales  
Y muertos muchos hombres principales.

Y aun agora no tiene menos pio  
El heredero de su testamento,  
Y sucesor Antonio de Berrio  
En sus haciendas y repartimiento;  
El cual con discrecion y buen avio  
Quiere seguir aquel descubrimiento,  
Y cierto su valor nos asegura  
Que tiene de dar fin á la ventura.

Pues indios deste reino comarcanos,  
Que sirven hoy á nuestras compañías  
Y tratan y contratan en los llanos  
Con sus acostumbradas granjerías,  
Refrescan las noticias á cristianos  
Que dellos determinan hacer guías,  
Llevando las derrotas diferentes  
De aquellas que llevaron otras gentes.

Creo que se daran mejor recado  
Por ser de mas aviso proveídos,  
A causa de llover sobre mojado  
Con negocios atrás acontecidos:  
En muchos que buscando su Dorado  
Quedaron asolados y perdidos,  
Y del perder algunos en un hecho  
Suelen otros sacar mucho provecho.

Y Orsúa, capitán tan excelente  
Cuanto pudieron ser los mas cabales,  
A quien los que vivimos de presente  
Debemos alabanzas inmortales,  
Y de quien trataré mas largamente,  
Celebrando sus tristes funerales,  
Por el orden que de presente llevo;  
Pues si muchos le deben, yo le debo.

Vi también el furor del padre Ayala,  
Que de la Margarita se desvia,  
Y en ir á la Guayana se señala  
Con flota de arúacas que lo guía;  
Y dijo que no vido tierra mala,  
Antes tal que riqueza prometia:  
Fué, cuando tal motivo lo desvela,  
Mi huésped en el Cabo de la Vela.

Comunicó conmigo su desino  
En vano parecer determinado,  
Para volverse por aquel camino  
Al Pirú de do vino desterrado;  
E yo le respondi ser desatino  
Jamás oído, visto, ni pensado;  
Mas el fué todavía donde digo  
Con sola compañía de un amigo.

Anduvo por allí ciertas jornadas,  
Vió pueblos con asientos muy amenos,  
Descubria caminos y calzadas,  
Las cuales prometian anchos senos;  
Trajo joyas de oro rescatadas,  
Aguilas y cemies barto buenos,  
Ciertos tiros de bronce que hallaron  
Adonde los Ordases invernaron.

Como buenos dineros importasen,  
Y falta de los tales necesita,  
Para que mas al rio los llegasen  
Ayala con caricias los incita;  
Y hizo que en piraguas los llevasen  
Aquestos indios á la Margarita,  
Do procuró tomallos el tiniente,  
Mas defendiólos valerosamente.

A la Española fué la mercancía  
Y él, algo levantado de la rueda,  
Adonde por entonces presidia  
El inclito Joan Lopez de Cepeda:  
Dió cuenta de la tierra do venia  
Como quien por ninguno se le veda,  
Informó los señores del audiencia  
Para volver pidiéndoles licencia.

Diéronle favorables provisiones  
Ordenadas por ley de buen amigo  
Para poder entrar estas regiones,  
Ansímismo llevar gente consigo;  
Vendió las sobredichas municiones,  
Las joyas y preseas que ya digo,  
Compró muchas camisas y bonetes,  
Cuentas, cuchillos, hachas y machetes.

Contóles pretensiones algo flacas  
O motivos de grande disparate;  
Liadas y compuestas las petacas  
Donde llevaba todo su rescate,  
Volvió con otra flota de arúacas  
Con solos doce hombres de alpargate;  
Seria por el año de sesenta  
Sobre mil y quinientos desta cuenta.

Llegados á Guayana, van entrando  
Mas de lo que amistad les asegura,  
Muchas preseas de oro rescatando  
Con algunos resabios de soltura;  
Mataron al Ayala y á su bando  
Concluyendo balanzas y locura,  
Sin dejar á ninguno con resuello  
Que pudiese decir la causa dello.

De todo buen concierto fué remoto  
Serpa, que tentó ir esta jornada,  
Pues luego lo mató Cumanagoto  
Antes que comenzasen el entrada;  
El ejército suyo quedó roto,  
Y hizo Serpa tanto como nada;  
El oficial será siempre confuso  
Usando cosas fuera de su uso.

Tenia Serpa términos honrados,  
Aparencias y bueros ademanes,  
Pero los que jamás fueron soldados  
Dudo poder ser buenos capitanes;  
No son aquellos indios descuidados,  
Ni temen los caudillos haraganes;  
Ya yo los conocí soldado pobre,  
Y sé muy bien cuán bien baten el cobre.

Diego de Vargas levantó bandera,  
A título de ir este camino,  
Con su hijo don Joan, que donde quiera  
De crecidos honores era dino;  
Mas al principio de la tal carrera  
Y deste nuevo reino muy vecino,  
Mataron fuertes indios al buen viejo  
Por falta de favor y de consejo.

Cáceres intentó los mismos fines  
Con el poco posible que le vemos;  
Pero nunca salió de los confines  
De tierra que palpamos y tenemos;  
Y así pobló los indios matachines.  
Que deste reino son los mas extremos,  
De manera que nunca fué bastante  
Para poder pasar mas adelante.

Volver á la demanda de presente  
Por el Cáceres dicho se procura,  
Y él y el dicho Berrio hacen gente  
En un tiempo, sazón y coyuntura:  
Cada cual de los dos es pretendiente  
De poder acabar esta ventura;  
Guias llevan y muy buenos arrees:  
¡Dios les dé cumplimiento de deseo!

Siguió Pedro de Silva la recuesta,  
De la cual por aquí volvió perdido,  
Con su poquilla gente descompuesta,  
Y dicen nuevamente ser venido,  
Y entrar por Uyapar, donde me resta  
Volver al buen Ordás, que detenido  
Dejamos con las aguas del invierno  
En la parte que dice mi cuaderno:

Donde después que vino Joan Gonzalez,  
Y percibieron bien lo que decia,  
Todos aquellos hombres principales  
Deseaban seguir aquella via,  
Los motivos de Ordás no fueron tales;  
Y así les respondió que no queria  
Sino subir el rio con esceso,  
Y agora contaremos el suceso.

## CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo Diego de Ordás subió con su armada el rio Uyapar arriba, y cómo volvió perdido á Paria, y lo que mas aconteció hasta su muerte.

Mal pueden caminar siempre seguras  
Las muy precipitadas opiniones:  
El que deja la luz por ir á escuras  
No se espante que halle tropezones;  
Pues suelen semejantes aventuras  
Engañar los humanos corazones:  
No siempre hizo lance venturoso  
Quien lo cierto dejó por lo dudoso.

Notado fué de tanto desatino  
Ordás en los ya dichos menesteres,  
Pues se precipitaba de continuo  
En sus buenos ó malos pareceres;  
Y mas en proseguir aquel camino  
Fuera de cuanto puede dar placeres,  
Antes las intenciones en que estriba  
Son de siempre subir el agua arriba.

Metidos en cintura pues los rios  
La mano del invierno mas liviana  
Al tiempo que hacia ya desvios  
El agua del convés de la zavana,  
Donde nadaban los demás navios,  
En seco se quedó la capitana:  
Fuera del Uyapar y circunstancia  
Una crecida legua de distancia.

Huyendo los demás deste paraje,  
A la madre se llegan descontentos;  
Y para proseguir su mal viaje  
Sonaron rigurosos mandamientos;  
Partieron sin tener matalotaje  
A tierra toda falta de alimentos;  
Gil Gonzalez quedó con los tullidos  
En aquestos asientos referidos.

Sacó del pueblo grande que se cuenta,  
En la fusta mayor y bergantines,  
Españoles doscientos y setenta,  
Cuarenta lijerimos rocines:  
Tomó pues con su gente macilenta  
Del pueblo de Carao los confines,  
El cual distaba del potente rio  
Una pequeña legua de desvio.

Allí se reformaron los soldados,  
Y tuvieron un poco de reposo,  
Y después de los dos meses pasados  
Volvieron al viaje trabajoso:  
Costeando prolijos despoblados  
Sin muestra de refugio virtuoso,  
Sino pocos y viles pescadores  
Que de ningún buen pueblo son cultores.

Gaiqueries y algunos guamonteyes,  
Morenos, altos, buena compostura,  
Sujetos á ningún modo de leyes,  
Sin labranza, crianza ni cultura,  
Suelen tener sus príncipes y reyes,  
No para dalles vida mas segura;  
Pescas y cazas son sus alimentos,  
Y raíces de yerbas sus sustentos.

El guapo, que es comida mas continua,  
A un ajo redondo se compara,  
De que también la gente peregrina  
En sus necesidades se repara:  
Ansímismo provee de harina  
Otra raíz que llaman caracara,  
La cual muelen en cueros de venados  
En hoyos muy tupidos y pisados.

Son estos guamonteyes tan insanos,  
Y toda su vivienda tan sin maña,  
Que si comida piden los cristianos  
Al tiempo que la hambre mas los daña,  
Mostrando de maíz algunos granos  
Los huelen como cosa muy estraña;  
Ninguno dellos cultivó ribera,  
Ni fruto recogió de sementera.

No tuvieron jamás pueblo fundado,  
Casa de piedra, tierra, ni pajiza,  
No rancho por sus manos fabricado,  
Sino ciertos toldillos de tomiza;  
Su cama es un cuero de venado  
Gastado de arrastrar por la ceniza;  
Defiende cada cual varonilmente  
A su mujer, su hijo, su pariente.

Anduve yo también por estos puestos  
En tiempo y en edad mas vigorosa,  
Aunque no por adonde fueron estos,  
Sino por parte menos trabajosa:  
Son amplísimos campos mal compuestos  
De poca gente, y esa monstruosa;  
Rios que de su curso se despegan  
Con fuerza de crecientes los aniegan.

El rigor de las aguas acabado,  
Y las inundaciones y crecientes,  
Inmensa suma es la del pescado  
De géneros y modos diferentes,  
En ciénegas, en charco represado,  
En los manantiales y corrientes,  
El cual, de mas de ser tan copioso,  
Es sano y en sabor maravilloso.

Hay caribes, cachamas, palometas,  
Guabinas, armadillos, peje sano:  
Si se secan algunas ceneguetas  
Con los calores grandes del verano,  
Acontece sacar entre las grietas  
El indio cuanto quiere y el cristiano,  
Hacen harina dél cuando se seca,  
Sacan mil calabazos de manteca.

Hay también por aquestos despoblados  
Y campos tan inmensos y vacios  
Cantidad inlita de venados,  
Los cuales son de dos ó tres natios:  
Dantas y puercos tan multiplicados,  
Que cubren las riberas de los rios;  
Hay tigres, osos, onzas y leones,  
Cebados en aquestas ocasiones.

Nutrias anchas que tienen sus estilos  
Y de puerco la forma y ademanes;  
Inmensa cantidad de cocodrilos,  
A quien todos acá llaman caimanes;  
Cuya ferocidad y bravos filos  
Son causa de grandísimos desmanes,  
Pues suelen devorar estas serpientes  
Crecidísimo número de gentes.

Perseverando pues en sus porfias,  
Ordás por Uyapar contra corriente,  
Por sus riberas fué cincuenta dias,  
Sin que pudiese ver cosa viviente:  
Muy fatigadas ya sus compañías  
Por no tener comida suficiente,  
Hacia sus entradas por los lados;  
Pero todos los vian despoblados.

E yendo caminando con el pio  
De ver dó rehacer la gente flaca,  
La boca descubrió de cierto rio,  
Bien frecuentada ya del arúaca:  
Y así diz que le dijo: « señor mio,  
Este rio se llama Caranaca,  
Si por aquí hicieres tu corrida,  
Yo sé que hallarás gente vestida.

» Hallarás estendidas poblaciones  
Con toda la grandeza que deseas:  
Oro, piedras preciosas, ricos dones,  
Muy lucidos ropajes y preseas;  
Sus ejercicios son contrataciones,  
Así ciudades como las aldeas;  
Es gran provincia, próspera, pujante,  
De sal y bastimentos abundante.

En nada destas cosas que decimos  
Quiso Diego de Ordás crear la guía;  
Y los hombres antiguos que vivimos  
Juzgamos por ventura que decia  
Por este reino donde residimos,  
Cuya fama muy largo se estendia,  
Si acaso no contiene tan gran seno  
Algun otro compás no menos bueno;

Por ser tal la distancia deste llano,  
Y el espacio y lugar tan estendido,  
Que será como dar al Oceano  
Un término que fuese recogido;  
Y así podría ser á cualquier mano  
Otro mejor quedarnos escondido;  
Pues, como tengo ya relacion hecha,  
No deja de dudar esta sospecha.

Y en la postrera y última jornada  
Que hizo por los llanos desta tierra  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
No sobrándole ya gente de guerra,  
Vió por medio del llano prolongada  
Con prolijos estremos una sierra,  
Do mandó ir al capitán Soletto,  
Mas no trajo razones del secreto.

Porque con hambre, ya mas que terrible,  
Se volvió desde el pié donde nacia,  
Por no parecer cosa conveniente  
Meter la gente donde no sabia;  
Mas á mí parecer es imposible  
Aquella sierra tal estar vacia;  
He yo comunicado con varones,  
Que no están fuera destas opiniones.

Así que, no de balde le decia  
Al Ordás el Taguato que siguiera  
El rio Caranaca, do se via  
Mejor disposicion en la ribera;  
Mas él no quiso por ninguna via,  
Sino continuar otra carrera;  
Y de perseverar en su costumbre  
El indio recebia pesadumbre.

Y así, por divertir su fantasia,  
Como quien lo tenia bien corrido,  
Bumbun temeretopo le decia,  
Señalando de piedras gran ruido:  
El bárbaro vocablo se entendia,  
El propósito fué mal entendido,  
Pues allí cada cual interpretaba  
Segun aquel deseo que llevaba.

Porque decían muchos chapetones,  
O señores, que dijo Taguato  
Del gran ruido de las fundiciones,  
La fuerza y el concurso del contrato:  
Con las piedras mártillan argollones,  
Los golpes dellas suenan grande rato;  
Es tal en labrar oro la porfia,  
Que suena como grande herrería.

Mas Domingo Velazquez, que notaba  
Lo que la guía dijo por entero,  
Como sabio varon adivinaba  
Cuál había de ser el paradero;  
Y por no dar pasión disimulaba,  
No con simulación de hisonjero,  
Sino porque cumplía de presente  
Irse también al hilo de la gente.

Yendo pues cada cual dellos ya falto,  
No menos de salud que provisiones,  
Vinieron á topár con cierto salto  
De peñascos y grandes farallones;  
Do caían las aguas de mas alto,  
Y el ruido causaba confusiones,  
Allí se conoció menos prolijo  
Aquel Bumbune que Taguato dijo.

Porque la duda dél quedó bien suelta,  
Cerca de no les dar las aguas uso,  
Y la navegacion toda resuelta  
En se hallar Ordás allí recluso:  
Al fin determinó de dar la vuelta,  
No menos perdidoso que confuso,  
Y en breve tiempo, desde los raudales,  
Llegó donde quedaba Gil Gonzalez.

Halló la mayor parte dellos muertos,  
La poca gente viva mal dispuesta;  
De los amargos, aunque dulces puertos,  
Procuró de sacar la que le resta;  
Y para los salados mas abiertos  
Con toda brevedad se hizo presta;  
Y desde entonces, visto que cumplía,  
Por Domingo Velazquez se regia.

El cual dijo: «Pues son vuestros intentos  
Hallar alguna tierra grandiosa,  
Adonde podáis dar repartimientos  
Que sean de grandeza generosa;  
Yo sé, señor, tan inclitos asentos,  
Que con razon direis ser buena cosa,  
Donde podeis fundar pueblos potentes,  
Por ser infinidad las destas gentes.

«No hallareis ancon ni seno vaco  
De prepotentes pueblos y lugares,  
Desde la Trinidad á Cariaco,  
Ni desde Cumaná hasta Tagarés:  
Chichiriviche, valle mas opaco,  
Guantar, Maracapana con sus mares,  
Y Neverí, Caycarantal, Atamo,  
Provincia cada cual digna de amo.

«Hay Chacopate, hay Cumanagoto,  
Piritú, las riberas del Unare,  
Pues la fertilidad de Paragoto  
Fáltame copia con que la declare:  
Potente poblacion de Cherigoto,  
Con todo lo que dicen Mompiane,  
Sus pueblos, sus culturas, sus labores,  
Y aquella gran potencia de señores.

«El feroz y terrible Turperamo,  
Y el invencible siempre Barutaima:  
El gran Guaramental, el Guayacamo,  
Canima, Guagoto, con Paraima:  
Gotoguaney, Perima, Periamo,  
Querequerepe, Canaruma, Guaima,  
Sin otros muchos desta circunstancia,  
Con cercas de grandísima distancia.

«Aquestos dichos fuertes ó cercados  
Tienen señeros para su defensa,  
De grosísimos árboles plantados,  
Donde la verde rama se condensa:  
Unos después de otros ordenados,  
Con mas vigor de lo que nadie piensa,  
Pues aquel gran grosor que lleva hecho  
Tiene de duracion prolijo trecho.

«Otros palenques hay mas estendidos  
En muchos destes campos y zavasas,  
No de plantas de árboles nacidos,  
Como las otras cercas mas ancianas;  
Sino de palos muy fortalecidos,  
Y cada cual con dos ó tres andanas,  
Con las cintas espesas de bejucos,  
O correosas vedras de arcabucos.

«Tienen las mas insignes poblaciones  
En unas mesas llanas asentadas,  
Debajo de los macos, ó mamones,  
Plantados por hileras ordenadas,  
Arboles de hermosas proporciones,  
Cuyas hojas jamás se ven mudadas;  
Su vista da grandísimo contento,  
Y el fruto dellos es de gran sustento.

«Por montes, por zavasas, por oteros,  
Do quiera que sus pasos hombre guía,  
Hierva la gente como hormigueros,  
Tanto que no vereis cosa vacía:  
Gentiles pescas, grandes cazaderos;  
Tierra de bendición, tierra sana;  
Hay minas de oro, mantas, y hamacas  
Desde Cojégua hasta los Caracas.

«Por la costa de quien memoria hago,  
Atravesando culmen y eminencia,  
De la sierra que tiepe nada vago,  
Porque poblada es por excelencia  
Damos en Tacarigua, que es un lago  
De siete leguas de circunferencia,  
Con islas dentro, do los infieles  
Tienen jardines, huertas y verjeles.

«Si quereis que sus nombres os declare,  
Pues la memoria dellas no se escapa,  
Son Patenemo y Aniquipotare,  
Ariquibano, Guayos, Tapatapa;  
Con otras, que si alguno las hollare,  
Podría mejorar su pobre capa  
Con el oro que tienen naturales  
En joyas y preseas principales.

«Aquesta crecidísima distancia,  
Poblada de cristianos, se haría  
Un reino de grandísima sustancia,  
Dispuesto para toda granjería;  
Páreceme negocio de importancia  
Y digno de seguirse con porfia;  
Si con sus circunstancias es aceto,  
En las manos tenemos el efeto.»

La dicha relacion, aunque sumaria,  
Al Ordás dió grandísimo contento;  
Y así sin responder cosa contraria,  
En esto colocó su pensamiento:  
Llegó con los navíos pues á Paría;  
Puso luego por orden el intento,  
Sin quitar deste puerto todavía  
La guarda de soldados que cumplía.

Estos soldados fueron fidedinos,  
En las cosas de guerra muy ajeos,  
Prestos en los asaltos repentinos  
A las agudas armas y consejos;  
Y en este nuevo reino son vecinos  
Algunos, aunque pocos é ya viejos,  
Como Joan de Portillo, cabal hombre,  
Joan Fuerte, mas en hecho que en el nombre.

Dispuestos todos pues á la carrera,  
Procuró de enviar incontinentemente  
Al capitán Alonso de Herrera,  
A Diamaima, puerto, con la gente;  
Y él quiso caminar por la tibera  
Con pocos, que serian como veinte,  
Para que todos ellos se embarcasen  
Después que en este puerto se juntasen.

Al mar salió Herrera, deseoso  
De cumplir fielmente su concierto;  
Mas con fuerza de tiempo fortunoso  
Nunca pudo tomar el dicho puerto  
Corrió la costa bajo desgustoso,  
No hallando reparamo cubierto,  
Que Cumaná, do hizo su parada,  
Y allí saltó la gente fatigada.

El agua que en Cubagua se bebia  
Se llevaba de aquesta pertenencia;  
Y á causa de que cuando se cogía  
El bárbaro hacia resistencia;  
Había fuerza ya, de que tenía  
Andrés de Villacorta la tenencia,  
Y en esta fortaleza recogida  
Gente de guarnicion bien proveida.

Estando pues como de los cabellos,  
Deseando huir de sus aprietos,  
La gente del Ordás holgó de vellos  
Para comunicalles sus secretos;  
Y así se rebelaron muchos dellos  
Al Herrera, perdiendo los respetos;  
Finalmente, que no por buenos modos  
Las partes de Cubagua siguen todos.

De muchas quejas hay ardiente fragua  
Que formaban los que se vian fuera  
De los angostos barcos y del agua,  
No menos que forzados de galera:  
Prendió luego justicia de Cubagua  
Al capitán Alonso de Herrera;  
Pero por ser bien quisto de soldados,  
Soltáronlo, los ímpetus pasados.

Llegados á la playa deseada,  
Ordás con el consorcio diligente,  
Y conociendo todos que el armada  
Arribó por aquel inconveniente,  
Con boga de piraguas bien guiada  
Luego fueron en busca de la gente;  
A Cumaná llegó, do saltó luego,  
Y acabó de perder todo su juego.

Porque sin proceder por recta via,  
Ni sosegar fiel de justo peso,  
Pero Ortiz de Matienzo, que regia,  
Lo hizo dañador, y hizo lesa:  
El cual, por aquel orden que queria,  
A Castilla también lo llevó preso,  
Y así se perturbó su buen intento  
En tierras de tan grande fundamento.

Todos estos disignos estorbaba  
Cubagua, por aquellas pretensiones  
De los muchos esclavos que sacaba  
Destas grandes provincias y regiones;  
Y entonces y después abominaba  
De quien tenía tales intenciones;  
Y como causa fué que se estorbaba,  
Tampoco quiso Dios que ella durase.

Yendo pues el Ordás de aquella suerte,  
Con tantas ocasiones de tristura,  
Enfermedad le dió de mal tan fuerte,  
Y de tan poco fruto fué la cura,  
Que le llegó la hora de la muerte,  
Donde tuvo la mar por sepultura,  
Y quien en aguas sepulto sin duelo,  
Para se sepultar no tuvo suelo.

Fué cortesano de gentil aviso,  
Y en todas buenas partes de belleza;  
Quien bien lo conoció dice que quiso  
Esmerarse con él naturaleza:  
Déle nuestro Señor su paraíso,  
Que es la cabal y cierta gentileza,  
Y el descanso de vida transitoria,  
Que le faltó, le dé Dios en su gloria.

En la parte mayor de sus soldados  
Hubo, como ya dije, gran mudanza;  
Pero los nobles mas aficionados  
No dejaban de estar con esperanza,  
Que después de sus pleitos aeabados  
Había de volver con mas pujanza,  
Y como fidelísimos varones  
Permanecían en sus aficiones.

Debajo de virtud y de nobleza  
Muchos dellos á Paría se volvian  
A sustentar aquella fortaleza  
Entre tanto que del Ordás sabian;  
Y muchos con trabajos y pobreza  
Entre los de Cubagua residian,  
Entreteniéndose por su partido  
Hasta ver y saber lo sucedido.

Estando de la suerte que publico,  
Llegó con gente bien aderezada  
Sedeño, de San Joan de Puerto-Rico  
Para perseverar en su jornada,  
Al Ordás publicando por inico  
Por la razon atrás conmemorada,  
Y á su devocion trajo brevemente  
Algunos caballeros desta gente.

Porque cierto rumor era venido  
Diciendo que el Ordás era ya muerto,  
Los unos lo tenían por fingido,  
Otros lo publicaban por muy cierto:  
Al fin Sedeño fué bien recibido  
De la mas noble gente deste puerto,  
Con los cuales pasó mas adelante,  
Y luego contaremos lo restante.

## ELEGIA X.

*Conquista de la isla Trinidad y cosas en ella acontecidas desde su primer gobernador, que fué Antonio Sedeño, hasta que vino Joan Ponce de Leon, natural de San Joan de Puerto-Rico, y nieto del que conquistó aquella isla.*

## CANTO PRIMERO.

De muchas islas di razón sumaria  
Pasandome por ellas por la posta;  
Mas ya parece cosa necesaria  
Que de tres no la demos muy angosta:  
Aquestas nos demoran acia Paría,  
Y en aquellos parajes de su costa;  
Destas la Trinidad es la primera,  
Y así será desde ella mi carrera.

Y pues de Trinidad es el empleo  
Y rencuentros en ella sucedidos,  
La santa Trinidad en quien bien creo  
Alumbre con su lumbré mis sentidos:  
Para que cante yo como deseo  
Hazañas de varones escogidos,  
Las fértiles riberas desta tierra  
Y trabajosos trances de la guerra.

Pues en aquella edad y coyuntura  
Gasté yo por allí mis ciertos años,  
Virtud sera poner en escritura  
Victorias de los nuestros, ó sus daños:  
Comenzaremos pues por el altura  
Y los que son allí sus aldeaños,  
Para que por su parte se concorden  
Mis versos, y procedan segun orden.

Está la Trinidad en ocho grados,  
La cual sabemos ser así llamada  
De los tres altos montes y collados  
Que la hicieron ser tan afamada;  
Golfo de Paría tiene por sus lados,  
Es de bocas del Drago rodeada,  
Y de Cubagua dista tal asiento  
Cuarenta leguas mas á barlovento.

Es en todos los tiempos y sazones  
De muchos alimentos abundosa,  
Tiene zavasas, rios, mar, ancones,  
Y en muchas partes selva montuosa:  
Son grandes y estendidas poblaciones  
De gente por extremo belicosa;  
Todos en general de buenos gestos,  
Altos, fornidos, sueltos, bien dispuestos.

Por todos los mas meses esta gente  
Compite con caribes inhumanos,  
De minas aparencia competente  
Muestran así las sierras como llanos:  
Es esta fértil isla finalmente  
Buena para poblarse de cristianos,  
Contiene dos provincias singulares  
Camucuraos y otros chacomares.